

pechada por los poetas nativos de su país de adopción. Reivindica la rima y devalora la medida del verso. No es que el verso carezca de ritmo, sino que cada verso tiene su ritmo independiente, si bien los que predominan son los anfibracos que recuerdan la épica musicalidad de Juan de Mena. En el verbo irregular, o que finge como irregular por su anarquía rítmica, ocurre que, al no imponer su atracción el ritmo propiamente dicho, el señuelo de la atención está todo él a cargo de la rima insolente.

El procedimiento es propio de un nuevo iniciado, de quien ha pasado del verso rumano al castellano. Lo cual se compadece en la nueva disciplina con el empleo de palabras rimantes insólitas, halladas en el regazo acogedor del diccionario.

Montserrat

En siliceo vórtice inmensamente in-
[merso,

del caos tú surges, tajante y terso,
contra todo lo ruín y lo adverso,
como un enorme sí del universo...

El huracán, con ímpetu disperso,
cual ciego, titánico verdugo converso,
te cae de rodillas, tronco transverso...
¿Cómo podría, yo andáбата, afrontarte
[en verso?

Entre peñascos

Cual verde y pétreo cedro,
con raíces en el corazón de la tierra,
con dura paciencia que espera y espera,
entre peñascos, sin prisa y medro...

Nada en el mundo más me aterrera,
ante ningún riesgo más me arredro,
en esa mi lucha callada, sin verte:
pan y agua y sol de mi suerte...

Mi pensamiento indómito erra
en la negra y perdida frontera,
y cual águila invisible mi anhelo se va
hacia los cielos del más allá...

Mi arado, el viento

Mi arado, el viento; y el risco, mi agro,
siembro, me siembro de roca en roca
contra el otoño que, cruel, me apoca,
¡oh, pardo Montserrat, mi montaña-má-
[lagro!...

Con miradas vencidas por tu pétreo ros-
[tro
opaco para ojos mil veces aguileño,
ebrio de los signos estelares del sueño,
ante tu majestad de esfinge me postro...

¿Por qué? ¡Oh, Señor!

¿Por qué la sima? ¿Por qué la cumbre?
¿Por qué, ¡oh, Señor!,
tanto verdor
y tanta y tanta letal podredumbre...?

La vida con rayos me bautiza...
¿Por qué, ¡oh, Señor!,
tanto temblor...?

¿Por qué el fuego? ¿Por qué la ceniza?
¡Ay!, estos nervios, vibrante alambre...
¿Por qué, ¡oh, Señor!,
tanto sudor...?

¿Y el hambre? ¿El hambre? ¿El ham-
[bre...?

¿Qué blanca soledumbre en las cumbres
[contigo!

¿Por qué, ¡oh, Señor!,
el pensar pecador?

¿Por qué la culpa? ¿Por qué el castigo?

Cóndor, mi vuelo al abismo se lanza...
¿Por qué, ¡oh, Señor!,
por qué el amor?

¿Por qué el odio? ¿Por qué la venganza?